

bles, instituciones, todo, hasta la continuidad, desaparece en aquella narración; en cada línea se siente que la sociedad que mantenía ligadas aquellas vidas esparcidas, ha dejado de existir: nobles estatuas, que tienen por pedestal común la tumba de la Grecia.

V

La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo

Cuando los filósofos griegos inquirieron las causas de las revoluciones civiles y políticas, tan sólo se olvidaron de la religión, lo que les condujo á sustituir al principio general tantos motivos secundarios como ciudades existían en el Estado y Estados en la Grecia. No hay en rigor más que una revolución en la antigüedad, la que, á un mismo tiempo y en todas partes, sustituyó la república á la monarquía, al principio de la herencia el de la elección. ¿De dónde vino cambio tan notable, tan unánime, que modifica en un instante el temperamento de toda una raza de hombres? Si nos atenemos á los historiadores, apenas hallamos indicada la cuestión; mas si consultamos las variaciones religiosas, advertiremos al punto, según lo que antes ya hemos dicho, que en ellas están fundadas las políticas; porque todo el tiempo en que el culto consistió en la adoración de la naturaleza primitiva—época que marca el reinado del derecho divino en el paganismo—, el fundamento de la autoridad

permaneció envuelto en tinieblas. Los reyes hereditarios, que reciben del caos sus verdes cetros, son los conductores de los pueblos: su legitimidad descansa en la de Saturno. Cuando la humanidad realiza más tarde su propia apoteosis en la figura de los dioses olímpicos, ciñe á su frente, en cierto modo, la corona de Dios. Consagrada por sus propias manos, ¿podría adorarse y á la vez someterse á otro poder que el de ella misma? Evidentemente, no. Deificar en la sociedad religiosa la razón general, es consagrar en la sociedad política la soberanía de todos, ó en otros términos, fundar el gobierno republicano en vez de la constitución de las monarquías orientales. Hecho autócrata el espíritu humano, se otorga á sí mismo su constitución; no es ya sacerdote el legislador, sino filósofo. Realizase entonces, por vez primera, la ficción del contrato social; á la dinastía de Teseo sucede el Areópago. Pero así que el paganismo hubo sufrido una tercera revolución, cuando los dioses degenerados no representaron más que antiguos reyes inmortalizados por los pueblos, esta última doctrina, que floreció en tiempo de Alejandro, se convirtió en sanción religiosa del despotismo macedonio. La Grecia se cubre de dioses mortales, fingida posteridad de los Olímpicos; Alejandro es el hijo de Júpiter; Demetrio, el hermano de Minerva, cuyo palacio es el Partenón. La república se trueca en tiranía.

La movilidad perpetua del dogma en Grecia

tuvo por resultado el no conocerse allí aquellos debates violentos que en la India y en el mundo cristiano dividieron la ciencia y las creencias. Los primeros filósofos parecen encerrar dentro de sus sistemas el alma de las religiones extinguidas, resumiendo á veces en una palabra toda una civilización anterior. El alma vaporosa del Egipto revive en el mundo de Tales; la llama del espíritu de Persia se enciende en el espíritu de Heráclito; el soplo de la gran Cibele del Asia respira íntegro en los versos ciclópeos de Empédocles; el alma luminosa de los dioses del Oriente brilla en las teorías de Pitágoras; la armonía de sus números es un eco de la lira de Apolo, *corifeo* de los mundos.

Por otra parte, no bien la filosofía se hubo mezclado en la religión, la confundió con el arte, pudiendo de este modo condenar impunemente en el poeta lo que hubiese tenido que respetar en el sacerdote. Así castiga á Homero por los errores de Orfeo. Luego, desesperada de reducir á condiciones de verdad las creencias nacionales, acaba por no concederles nada, olvidándolas, ó lo que es peor, haciendo de ellas un simple adorno. Como si nunca hubiese habido en el mundo revelación, doctrinas, ni disciplinas anteriores, dispone á su capricho del mundo de la inteligencia. Hela por un instante reina absoluta del abismo. Semejante libertad ni se había visto hasta entonces, ni se ha vuelto á ver después. Primero, la razón humana sintió pena en ejercer friamente este poder absoluto;

luego se infatuó con él en la época de los sofistas. Coronada ayer, sus vicios tienen todavía perfume: abandónase, pues, á sus tiránicas fantasías, persuadida de que, puesto que es señora, lo puede todo, levantar y destruir, afirmar y negar, sostener el pro y el contra, crear y abolir á su capricho, con la sola autoridad del razonamiento, la naturaleza de las cosas. Pero esta soberanía repentina la enerva, notándose esta diferencia entre los comienzos de la filosofía pagana y los de la cristiana, á saber; que la sutileza de los escolásticos de la Edad Media nace del exceso de su independencia; la de los sofistas, del exceso de libertad.

Sócrates, que introdujo el orden en aquel caso, representa en la filosofía lo que Fidias en la estatuaria. Cada uno de sus discípulos es entre sus manos un bosquejo que forma, corrige, hasta poner de relieve con el hombre universal la divinidad interior. Por una parte, llevando la serenidad de Homero en los abismos del espíritu, paséase gozando en medio de los problemas que serán el terror del porvenir; por otra, refiriéndolo todo al hombre, juzgándolo todo por esta medida, reduce á sistema el carácter principal de las creencias griegas, y en ambos aspectos resume el genio de aquellas religiones de cuya destrucción se le acusaba. El verbo del paganismo se encarna en el espíritu de sus discípulos, y la filosofía ateniense confirma la apoteosis de la humanidad en la mitología.

Aislando la filosofía de la religión, no es extra-

ño que los historiadores modernos hayan desconocido la grandeza original del escepticismo griego. En esta escuela es donde más claramente se muestra la diferencia entre la antigüedad y el mundo cristiano. Lejos de vacilar en la duda, la filosofía pagana se refugia en ella tranquilamente, como en su morada natural. La proclama desde el origen, la busca por todos los caminos; mientras nosotros lamentamos la fe que no poseemos ya, ella sufre con impaciencia la escasa que le resta. No habiendo tenido nunca una creencia inmutable, ¿por qué aterrarse, como Pascal, al caer de la fe en la duda? Sin violencia pasa de la religión á la poesía, de la poesía al pirronismo, y lejos de quebrantarse en la caída, triunfa, adelantándose con la frente alta entre los fantasmas de la opinión, como Eneas con el ramo de oro entre las sombras de la Estigia, desafiándolas y dispersándolas. En cada esperanza que derriba á sus pies, se aplaude por haber deshecho el encanto del sofisma, por haber roto la servidumbre de los vanos terrores. Al fin llega á despojarse de toda creencia; entonces respira. En esta desnudez profunda, goza en la soledad de la libertad del vacío; exclama que disfruta de los placeres de Dios. Nunca como en esta sociedad sensual fué llevado tan lejos el descrédito de los sentidos. No es la risa amarga de un espíritu hastiado, sino un escepticismo heroico, que sintiendo que el mundo descansa en una ilusión, rehusa obstinadamente descansar en él, y sobre las ruinas de toda certe-

za, conserva un equilibrio inalterable; es una duda profética, entusiasta, que exorcisa los vanos espectros de la inteligencia, emancipa el mundo pagano y prepara sin impaciencia el advenimiento del orden futuro. Por eso el escéptico pagano ni niega ni afirma, pero hace otra cosa mejor: atiende.

Del fondo de la filosofía, como del de la religión griega, siendo la identidad de la razón humana y de la divina, se sigue que todas las escuelas, no obstante sus diferencias, tenían necesariamente un fin común, que es la calma, la inmutabilidad, el reposo imperturbable de los Olímpicos. Todas parecen haber formado su sabiduría sobre el modelo de los mármoles impasibles de Fidias; escépticos, epicúreos, estoicos, aspiran á la misma serenidad, y cuanto más el mundo se turba y vacila, más los espíritus buscan su equilibrio en la indiferencia: tal es el grito de todas las escuelas desde los tiempos de Alejandro. Por eso el sublime de la moral antigua tiene algo de teatral, porque el hombre desempeña el papel de Dios. Bajo cualquier manto que se cubra, es preciso que acepte el dolor como si fuere ambrosia. Elevado sobre el pedestal, goza á su sabor la felicidad suprema; disimula su miseria con la apatía, y como Hércules, se mantiene en pie contra todo. Queriendo anticipadamente lo que el destino quiere, cree triunfar de él, y sutil hasta el fin, vuelve á ver á Dios antes de haber despojado al hombre.

Este Hércules espiritual, que por sus trabajos

se diviniza sin perder su personalidad, es el patrón, la imagen de las grandes escuelas del Occidente, que se regulan por él, como á imitación de un Cristo pagano. Cuando el hombre en las escuelas de Alejandria aspiró, por el contrario, á sumergirse en el seno de Dios, advino el fin del espíritu griego y el primer renacimiento del genio del Oriente.

Al estoicismo corresponde la gloria de haber reconocido antes que nadie la unidad de Dios bajo las formas diversas del politeísmo, y esta idea, penetrando lentamente en el dogma, creíase tener todavía una religión, cuando tiempo ha que no se tenía sino una filosofía, la cual poco á poco tomó asiento en el santuario al lado del sacerdote. Nada como los himnos atribuidos á Orfeo muestra claramente esta revolución interior del paganismo. Rehechos de siglo en siglo, corregidos y transformados según el espíritu de cada época, los que hoy subsisten fueron recompuestos en la última hora de la religión antigua. Poesía completamente litúrgica, saturada aún de los perfumes de los templos de Alejandria, ¿cuál es el espíritu de estos himnos? ¿En qué se distinguen de los de Homero? Inmensa es la diferencia. Estos cantos, testamento de una religión moribunda, están dirigidos todavía individualmente á cada uno de los dioses del politeísmo; pero los atributos y las personas que en otro tiempo tan fácilmente se distinguían, confúndense de hoy más en una misma divinidad vaga formada

de sus despojos: sólo con mucho trabajo se logra distinguir uno de otro á Júpiter, Apolo, Neptuno, el Sol, Juno, Cibeles y la Naturaleza. Masculinas ó femeninas, grandes ó pequeñas, estas potencias reciben igualmente las mismas invocaciones, los mismos nombres, las mismas plegarias, descubriéndose en el seno de cada una el infinito que se extiende, para envolver y absorber á todas las otras; la poesía se pierde en la teología del Plotino y de Proclo. Último sueño del politeísmo sobre el trípode, toca en los límites del pensamiento cristiano, esto es, reniega de sí mismo, abraza al morir la unidad que va á sucederle.

El Oriente había desarrollado el dogma de la encarnación en la Trinidad divina; la Judea había reducido á la unidad esta Trinidad; la Grecia unió á la idea de Dios la del hombre. Así se completa el Antiguo Testamento del mundo sagrado y profano.

Las religiones griegas estaban hechas, por lo demás, para días de fiesta, adornaban la vida sin fortificarla; por eso cuando llegaron los días de aflicción, la sociedad se deshizo como había vivido, sin violencia ni dolor. La voz que iba gritando en torno de las islas: *El Dios Pan ha muerto*, no fué seguida de ninguna lamentación. Oyóse, como antes, la gran sirena arrullar al mundo con su dulce canto. No pidáis á estos tiempos lo que las épocas escépticas del cristianismo han llamado poesía de desesperación. Desde Teócrito hasta Lon-

gino, los escritores asisten á la agonía de una religión, ¿quién lo creería? ¿Dónde están la tristeza, la angustia de aquellas almas bienaventuradas? No tiene el paganismo más que breves momentos de vida y todo rie aún en la égloga de su último poeta. La Grecia cae; no cree ya en nada, ni aun en su gloria, y en este supremo momento no quiere ser desfigurada por el dolor. Muere como Sócrates, sonriendo, sin amargura contra sus dioses que se evaporan y legando también un gallo á Esculapio. Y cuando todo ha acabado, ved cómo la tierra le es ligera. Las flores crecen por todas partes sobre sus ruinas; la serenidad queda impresa en sus restos, para que ningún pueblo sea enterrado en más risueño sepulcro; la gran Cibeles adorna todos los días, al salir el sol, su tumba; la cima de mármol de sus montañas forma su losa funeraria; la sombra de los bosques de mirtos su inscripción, y yo he visto el águila de Ganimedes flotar aún en el seno eternamente azulado de su Júpiter.

Sin embargo, hay una resurrección para los pueblos, como la hay para los individuos. Después que la sociedad griega había desaparecido, cuando todo anunciaba que nada influiría en el mundo, óbrase portentoso milagro: después de quince siglos la Grecia resucita. No se sabe cómo rompe su sepulcro, pero lo cierto es que su alma reaparece en el mundo. Rasga su sudario, esto es, se despoja de lo falso, de lo mortal, conservando sólo lo que de más puro poseía: su filosofía, su poesía, su arte, su

belleza incorruptible. Alma libre de su cuerpo, reaparece en medio del siglo XVI. Todo cambia desde este momento. El milagro penetra en el fondo de todos los espíritus. Las catedrales que la Edad Media acababa de construir son de repente interrumpidas; como si el dios antiguo reapareciese lleno de vida, los obreros acaban con pensamiento y forma paganos lo que habían comenzado con arreglo al pensamiento de la Edad Media. Así como Fidias había expresado el ideal de Grecia y del Oriente, Rafael expresa, á su vez, el Dios en que se unen la civilización moderna y la civilización antigua. Cánticos evangélicos se exhalan por la lira de Apolo; Miguel Ángel eleva el templo del Júpiter cristiano. Dividiéndose entre dos religiones opuestas, entre Homero y el Evangelio, el alma del Tasso se rompe en esta escisión. Pero los cielos se extienden para abrazar el pasado. Macerada, ó por mejor decir, bautizada en la tumba, Grecia hace la paz con el cristianismo y se inaugura la nueva era justamente llamada Renacimiento, en la cual se consuma el reinado del Hijo por el reinado del Espíritu.

LIBRO SÉPTIMO

LAS RELIGIONES ROMANAS

I

La religión y la política

Comienza ahora una nueva edad, cuyo término predicen ya las sibilas. Roma se funda, y por vez primera en la antigüedad, la nueva sociedad deja de aportar al nacer un principio religioso que le sea propio, viviendo sólo del fondo común de los cultos anteriores, asimilándose, concentrando la tradición universal del paganismo, sin dar nuevos ensanches á los cielos paganos. Sus creencias apenas delineadas se borran al primer soplo ante las creencias más brillantes del resto del género humano, y maestra esta sociedad de las naciones en política, fué su esclava en religión. Ningún recuerdo inspirado del mundo naciente; ningún signo conservado del principio de las cosas; el rumor de los templos cubierto por el ruido de la guerra civil y por los huracanes del Foro; el hombre acostumbrado ya al prodigio del universo; la pristina ma-